

Guy de Maupassant  
Bola de sebo  
y otros cuentos

Director de la colección  
Fernando Carratalá



Guy de  
Maupassant

Bola de sebo  
y otros  
cuentos

Traducción y edición de  
Juan Manuel Villanueva

  
CASTALIA  
**PRIMA**

Edhasa en Barcelona  
Diputación, 262 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

n: 2011

: enero de 2024

n y traducción: Juan Manuel Villanueva, 2  
te edición: Edhasa (Castalia), 2011

ubierta: Edouard Manet: *Berthe Morisot con*  
72). Musée d'Orsay, París.

RQ

740-401-3

M-31419-2011

er Digital, S. L.

aña

# Índice

---

## Presentación

El hombre y su época .....	7
Biografía de Guy de Maupassant .....	9
Los cuentos de Guy de Maupassant .....	12
<i>Bola de sebo</i> .....	13

## Guy de Maupassant Cuentos

Bola de sebo .....	17
Un golpe de estado .....	75
Un duelo .....	91
¿Él? .....	101
En los campos .....	111
El collar .....	121
Alejandro .....	135
La felicidad .....	143
La muerte .....	153
El testamento .....	161
Un loco .....	169
Cuento de Navidad .....	181
El tío Judas .....	193
El hombre-mujer .....	201
Sobre el agua .....	209
La <i>vendetta</i> .....	219
El crimen del tío Bonifacio .....	227

La leyenda del mont Saint-Michel .....	235
El pordiosero.....	243
El puerto .....	253
La señora Baptista .....	267

## Para saber más

Nuestra edición .....	277
Guía de lectura .....	278
Bibliografía .....	282
El editor .....	285

# Presentación

## El hombre y su época

---

Tras la revolución de 1848 y debido a la depresión económica por el fracaso de la primera industrialización burguesa, se proclama en Francia la segunda República y se convocan elecciones constituyentes, que ganan los conservadores. Los socialistas, encabezados por Blanqui, provocan una rebelión que acaba con un baño de sangre. Luis Napoleón Bonaparte es elegido, por un período de cuatro años, Presidente de la República con una mayoría del 73%. Más adelante, en 1852, «por medio de un plebiscito, se convierte en Emperador por la gracia de Dios y la voluntad de la nación» como Napoleón III; y, al año siguiente, se casó con la española Eugenia de Montijo, quien tomó parte activa durante el segundo Imperio. Su concepción política la había expresado ya en 1839 cuando, en su folleto *Las ideas napoleónicas*, proclamó que un gobierno fuerte es condición necesaria para la consecución de una verdadera libertad.

Por otro lado, Francia se mantiene como gran potencia internacional, aprovechando las circunstancias bélicas de los

Balcanes e Italia; así, las conquistas de las mejores colonias en África y Asia, más un ambicioso proyecto de obras públicas, acaba con el paro. Sin embargo, ante las ambiciones imperiales de apoderarse de Bélgica, Luxemburgo y el Palatinado, el canciller alemán Bismark le sale al paso.

Con un 83% de los votos, Napoleón gana el nuevo plebiscito de 1870; pero ese mismo año se inicia la guerra franco-prusiana y el Emperador será derrotado y hecho prisionero en Sedán. Ya bajo la advocación de la tercera República, los republicanos preparan la defensa nacional. En las capitulaciones de 1871, Francia pierde Alsacia y Lorena; se crea el Imperio Alemán y el rey Guillermo es nombrado Kaiser.

Ante la debacle del ejército francés, el republicano Thiers forma un gobierno provisional. Pero las medidas antipopulares provocan que los socialistas-revolucionarios, los anarquistas y la Comuna se rebelen de nuevo. Thiers recurre otra vez al ejército y, en mayo, serán fusilados más de 20000 *comunards*.

A raíz de la derrota sufrida frente a Alemania en 1870, la sociedad francesa estaba dividida; a las quejas y lamentos inmediatos al fracaso de las armas, sucedió, en buena parte, una actitud revanchista de progresiva pujanza, en 1882, con la creación de la Liga de los Patriotas, que, a la larga, culminaría, en opinión de algunos, en la conflagración de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Finalmente, fracasan los intentos de restauración monárquica y, por un voto, se proclama la tercera República. Los años siguientes estarán marcados por la falta de dominio de un partido, por lo que se compartirán las aspiraciones del bien común y se desarrollan los grandes avances de la república democrática.

## Biografía de Guy de Maupassant

El cinco de agosto de 1850 nace René Albert Guy de Maupassant, hijo de Gustave de Maupassant (1821-1900) y de Laure Le Poittevin (1821-1903). El matrimonio tuvo otro hijo, Hervé (1856-1889), que murió loco. La pareja se separó en 1863.

Según unos nació en el castillo de Miromesnil (Seine-Maritime); en opinión de otros, en Fécamp. Estudió en el liceo Imperial Napoleón y en la Institución eclesiástica de Yvetot, cuyo internado y disciplina le resultaron muy duros, pero donde realizó sus primeros pinitos literarios.

De su padre heredaron, tanto él como su hermano Hervé, una enfermedad venérea que los arrastró a la locura. Sin embargo, en su *Cabier d'Amour*, Gisèle d'Estoc, amante de Maupassant, recuerda cómo le confesó que, cuando tenía veinte años, «en Bezons, tras cenar en Guillot, a orillas del Sena», había contraído la sífilis con una «encantadora rana», compañera de remo<sup>1</sup>.

A Gisèle d'Estoc le debemos también una confidencia especial: sólo en una ocasión Guy fue a la visita de un médico, pero, ante la vergüenza de desnudarse, abandonó la sala de espera poco antes de entrar a la consulta. Criticó la inutilidad de los médicos<sup>2</sup>, uno de los cuales, el famoso oculista Landolt, emitió un largo informe sobre la pérdida visual del gran vividor, en el que le anunciaba que tales

<sup>1</sup> *encantadora rana*: así se denominaba a las prostitutas; de hecho, la misma Gisèle recuerda a la protagonista de *Mouche*, Berthe Lamarre.

<sup>2</sup> Gisèle manifiesta su asombro por el hecho de que, a pesar de la sífilis, la gran fortaleza física de su amante resistiera durante más de veinte años el empuje de la terrible enfermedad, que le provocaría jaquecas, ceguera y locura.



MAUPASSANT: RETRATO  
Y FIRMA AUTÓGRAFA.

*Guy de Maupassant*

trastornos se le reproducirían en intervalos cada vez más próximos.

Obtuvo el título de Bachiller en Letras el 27 de julio de 1869, lo que le permitió matricularse en la facultad de derecho de París. Al año siguiente comenzó la guerra franco-prusiana (1870-1871); Maupassant estuvo alistado en Ruán, pero no intervino en el frente. Funcionario de Marina desde 1872, se trasladará más adelante al Gabinete de Instrucción Pública. No pidió la excedencia definitiva de la administración, a pesar de su corto salario, hasta estar plenamente convencido de que podía vivir de la literatura con gran desahogo.

Conoce en 1874, por mediación de Flaubert, a Goncourt, Zola y algunos otros autores que conformarían el grupo de los naturalistas. En la práctica, en 1876 queda constituido el que será conocido como «Grupo de Médan»: Zola, Huysmans, Alexis, Hennique, Céard y Maupassant. Como tal grupo publican *Les soirées de Médan* en 1880, cuya introducción se convertirá en el manifiesto –así, al menos, lo consideraron sus contemporáneos– del Naturalismo. Su andadura no fue muy duradera, pues el Manifiesto de los Cinco contra *La terre*, de Zola, representa el final de esta Escuela Naturalista.

En 1883 nació el primero de sus tres hijos con Josephine Litzelmann; pese a no reconocer a ninguno, siempre satisfizo sus necesidades económicas. Ese mismo año recibió en su servicio, como criado o ayuda de cámara, a François Tassart, testigo de los últimos diez años de vida del escritor –aunque algunos biógrafos dudan de la veracidad de sus testimonios– y descubridor del cuerpo malherido de Maupassant tras su intento de suicidio.

El 1 de enero de 1892 el escritor visita a su madre. Por la noche intenta, en tres ocasiones seguidas, suicidarse:

primero, con un revólver; luego, dos veces, cortándose el cuello con un cortaplumas metálico. La gravedad de las heridas aconsejó su traslado a París, donde ingresó en la Casa de Salud del doctor Blanche-Passy (en agosto de 1889, también loco, su hermano Hervé había ingresado en esta misma institución, de la que ya no salió). Ahí comienza la larga agonía de Maupassant. Sifilítico, progresivamente le aumentan los delirios y la parálisis general hasta su muerte, el 6 de julio de 1893.

Fue enterrado en el cementerio de Montparnasse dos días después; sus padres no asistieron al sepelio; pero Zola pronunció un discurso muy emocionado.

---

## Los cuentos de Guy de Maupassant

---

El escritor publicó varias novelas de indudable calidad, como *Bel ami* o *Pedro y Juan*; sin embargo, su mayor reconocimiento actual se debe a los más de trescientos cuentos que tiene en su haber.

Con independencia del problema que origina el agrupamiento de sus relatos y la perspectiva de lectura sobre ellos, lo más provechoso es leer cada cuento con el convencimiento de que enriquecerá nuestro conocimiento de la Francia del siglo XIX, la que correspondió vivir a nuestro excéntrico y observador protagonista. No es de extrañar que algunos investigadores hayan escrito algunos libros demostrando la extraordinaria perspicacia de aquel detallado cronista de su tiempo.

El primer cuento de Maupassant –alineable con pleno derecho entre los grandes cuentistas de la literatura universal– fue *La Main d'écorché*, escrito en 1875 bajo el pseudónimo de Joseph Prunier; utilizó otros apodos (Guy

de Valmont, Chaudrons du Diable o Mausfrigneuse) para publicar buena parte de su producción, sin por ello tener pretensiones de anonimato sobre su autoría.

La norma general en la publicación de sus cuentos fue la siguiente: primero lo publicaba en un periódico para, a continuación, reunirlos en volumen. Fueron quince en total. El de *Mademoiselle Fifi* (1882) lo convirtió en un escritor de moda y le abrió las puertas de las altas esferas, sin dificultar la relación que hasta el momento había mantenido con las clases sociales inferiores.

Numerosos estudiosos han considerado el pesimismo de Maupassant como motor exclusivo de su producción. El análisis más superficial de los cuentos incluidos en esta particular selección demostrará al lector que, si bien es cierto que el pesimismo impera en numerosas páginas, no es correcto concederle el dominio absoluto. Desfilan ante nuestros ojos muchos personajes que nos demuestran que, en lo profundo –lo auténtico– del hombre que fue nuestro autor siempre latió la variedad y riqueza del ser humano, incluyendo la benevolencia, la comprensión, la bondad y el amor... aunque sea en pequeñas dosis. Buena prueba de esto es el cuento que abre nuestra antología si lo leemos con los ojos bien abiertos; no sólo los de la cara, también los del corazón.

---

### *Bola de sebo*

Acaso resulte osado afirmar que por encima de sus demás narraciones destaca *Bola de sebo*; pero nos atrevemos a ratificarlo, al tiempo que justificamos con ello el título de nuestra selección. Apoyan nuestro juicio dos hechos: primero, que Flaubert repitió varias veces que *Bola de sebo*

era una obra maestra; y segundo, las numerosas obras posteriores influidas por este relato, así como la proliferación de versiones cinematográficas, la gran mayoría de las cuales han obtenido un éxito asombroso, y no exclusivamente debido a la maestría del director y realización final de cada una de las películas.

*Bola de sebo* es la narración de Maupassant más veces llevada al cine: 11 veces a partir de 1928; curiosamente, sin embargo, la precedieron en sus adaptaciones para el celuloide los cuentos *El collar* (1909), *La Horla* (1914), *Yvette* (1917) o *Ese cerdo de Morin* (1924); y las novelas *Bel-Ami* (1919) y *Pedro y Juan* (1924). Es inevitable, por otra parte, citar *La diligencia*, de John Ford (1939) –sin lugar a dudas, el más famoso *western* de este director–; ahora bien, teniendo en cuenta la importancia del cinematógrafo, la comparación entre los textos originales del escritor y sus adaptaciones cinematográficas resultará sumamente enriquecedora.

Guy de  
Maupassant

# Bola de sebo y otros cuentos



CAMILLE PISSARRO: LA PLAZA DE HAVRE, EN PARÍS (1897, LITOGRAFÍA).

# Bola de sebo

Los restos del ejército derrotado habían estado atravesando la ciudad durante varios días seguidos. Más que cuerpos de ejército eran hordas en desbandada. Con barba larga y sucia y los uniformes hechos jirones, los hombres avanzaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían rendidos, derrengados, incapaces de pensar o tomar una decisión; marchando por costumbre, caían muertos de fatiga en cuanto se detenían. Al primer golpe de vista se descubría a los movilizados, gente pacífica, tranquilos renteros, doblegados por el peso del fusil; a los jóvenes *moblots*<sup>1</sup>, fáciles para el terror y prontos al entusiasmo, tan prestos para el ataque como para la huida; en medio de ellos, algunos aguerridos veteranos, restos de una división destrozada en una gran batalla; artilleros de uniformes oscuros alineados con infantes diversos; y, esporádi-

<sup>1</sup> *moblot*: apodo con que se denominó a los grupo de soldados móviles —es decir, con capacidad de movimiento—, que fueron incorporados en 1868 a la Guardia Nacional.

camente, el casco brillante de un dragón<sup>2</sup> a pie lento, que seguía con dificultad la marcha más ligera de la infantería<sup>3</sup>.

Legiones de francotiradores con apelativos rimbombantes: «Los Vengadores de la derrota», «Los Ciudadanos de la tumba» o «Los Partícipes de la muerte»<sup>4</sup>, pasaban también con aire de bandidos. Sus jefes, viejos comerciantes de paño o de cereales, o antiguos traficantes de sebo o jabón, eran guerreros de circunstancias, nombrados oficiales por su dinero o por la largura de sus mostachos, cubiertos de armas, de franela y de galones. Hablaban con voz engolada, discutían planes de campaña y pretendían sostener ellos solos, con sus hombros fanfarrones, a la Francia agonzante; pero en ocasiones temían a sus propios soldados, gente de saqueo y de corazón, a veces bravos a ultranza, saqueadores y disolutos.

—¡Los prusianos van a entrar en Ruán! —se decía.

La Guardia Nacional<sup>5</sup>, que, después de dos meses, hacía reconocimientos, con toda clase de precauciones, en los

<sup>2</sup> *dragón*: soldado francés. En sus orígenes peleaba como infante o como caballero, pero Federico el Grande de Prusia los encumbró a su exclusiva función de jinete, con armamento específico y uniforme atrayente. A estos últimos se refiere el texto, por el uniforme; pero por el contexto son infantes.

<sup>3</sup> El pantalón rojo de la infantería se hizo célebre y se conservó hasta la Primera Guerra Mundial; los artilleros se distinguían por su uniforme gris; y los dragones, por su casco de crines.

<sup>4</sup> En consonancia con sus nombres revolucionarios, los francotiradores constituían unidades bélicas ajenas por completo al ejército regular.

<sup>5</sup> Durante la Comuna de París (1789, tras la toma de la Bastilla), se cambió el nombre de la Milicia Burguesa por el de Guardia Nacional. Organizado como un verdadero cuerpo militar, la Guardia entraba en acción cuando se hacía necesaria la incorporación de nuevos efectivos; como es de suponer, los reclutados carecían de la preparación idónea para la lucha. El protagonista francés del cuento *Un duelo*, recogido en esta misma antología, es uno de estos nuevos alistados.

bosques vecinos –fusilando esporádicamente a sus propios centinelas–, y se aprestaba para el combate en cuanto un gazapo removía la hojarasca, se había retirado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, los armamentos terroríficos con los que habían aterrorizado las carreteras nacionales en tres leguas a la redonda habían desaparecido como por ensalmo.

Los últimos soldados acababan de cruzar el Sena para llegar a Pont-Audemer a través de Saint-Sever y Bourg-Achard<sup>6</sup>; detrás de todos ellos marchaba el general, desesperado, que nada podía intentar con aquellos jirones inconexos del ejército; caminaba desalentado entre dos ayudantes de campo a causa de la debacle de un pueblo acostumbrado a vencer y desastrosamente derrotado a pesar de su bravura legendaria.

Después una profunda calma, una terrible y silenciosa inquietud se había ido adueñando de la ciudad. Muchos burgueses barrigudos, debilitados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temerosos de que consideraran armas blancas los pasadores para asar o sus grandes cuchillos de cocina.

La vida se había detenido, las tiendas permanecían cerradas, la calle enmudeció. Muy de tarde en tarde, un ciudadano, intimidado por el silencio, recorría su camino con rapidez, pegándose a los muros.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

La tarde del día siguiente de la marcha de las tropas francesas, unos pocos ulanos, provenientes de no se sabía dónde, atravesaron la ciudad con rapidez. Un poco más

<sup>6</sup> Saint-Sever es uno de los arrabales de Ruán, en la margen izquierda del río Sena; y Bourg-Achard era una pequeña villa a medio camino entre Ruán y Pont-Audemer, otro de los arrabales de la ciudad.

tarde, una masa negra descendió por la cuesta de santa Catalina, al tiempo que otras dos oleadas de invasores aparecían por las calles de Darnetal y de Boisguillaume<sup>7</sup>. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron, en un momento concreto, en la plaza del ayuntamiento, y por todas las calles adyacentes llegó el ejército alemán, desplegando batallones que hacían resonar el pavimento con su paso rítmico y marcial.

Las órdenes gritadas con una voz desconocida y gutural ascendían por las casas que parecían muertas y desiertas, mientras que, tras los postigos cerrados, muchos ojos acechaban a los hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de vidas y haciendas, por derecho de guerra. Los habitantes, en sus ensombrecidas viviendas, sufrían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos dañinos de la tierra, contra los cuales la sagacidad y la fuerza son inútiles. En realidad, es la misma sensación que se produce cada vez que se altera el orden establecido, cuando la seguridad no existe, cuando todo lo que protegen las leyes humanas o las naturales queda a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El terremoto que entierra bajo los escombros de los edificios a un pueblo entero; el río desbordado que arrastra a los campesinos ahogados junto a los cadáveres de sus bueyes y a las vigas arrancadas a sus hogares; o el ejército victorioso, que degüella a quienes se defienden, hace prisioneros a los demás, saquea en nombre de las armas y agradece a Dios con el sonido del cañón, son otras tantas plagas horribles que desconciertan la

<sup>7</sup> La ciudad de Ruán había sido preparada para resistir un asedio, pero fue abandonada por el ejército. Corresponde a la realidad histórica que los prusianos entraron en Ruán el 5 de diciembre de 1870 por los tres arrabales citados en el texto.

creencia en la justicia eterna, la confianza que se nos enseña en la protección del cielo y en la razón humana<sup>8</sup>.

Pequeños destacamentos llamaban ya a las puertas de las casas para hospedarse en ellas. Era la ocupación tras la invasión. Era obligación imperiosa para los vencidos mostrarse complacientes con los vencedores.

Pocos días después, una vez superado el terror inicial, se propagó una nueva calma. En numerosas familias el oficial prusiano compartía la mesa familiar. A veces era bien educado y, por cortesía, compadecía a Francia y no dudaba en manifestar su repugnancia por haberse visto obligado a participar en la guerra. Se le agradecía tal confianza; cabía la posibilidad de que, un día u otro, necesitaran su protección. Tratándolo con consideración también era posible que tuvieran que alimentar a algún soldado menos. ¿Y por qué molestar a alguien de quien se dependía por completo? Semejante imprudencia sería muestra de temeridad más que de valentía. Y la temeridad no es un defecto actual de los burgueses de Ruán frente a otras épocas remotas, a juzgar por las defensas heroicas que ilustran su historia. Se justificaban, finalmente, argumento concluyente y definitivo basado en la proverbial urbanidad francesa!, asegurando que una cosa era tratar con cortesía al huésped en el interior de la casa, y otra muy distinta mostrarse familiar en público con el enemigo. Así

<sup>8</sup> Maupassant expone la terrible realidad del hombre y la naturaleza. Por una parte, señala la distinción entre las leyes humanas: la ley positiva que, dictada por intereses particulares, puede ser injusta y ajena al bien común, y la ley natural, que diríamos está escrita en el corazón del hombre. Y, por otra parte, enuncia la existencia del mal en el mundo, una de las razones en que más se fundamentan quienes niegan la existencia de Dios. Sin embargo, implícitamente distingue también entre los desastres naturales, ajenos y superiores a la voluntad humana.

pues, en la calle, como si no se conocieran; en cambio, en la casa, el alemán compartía más tiempo, por las noches, el calor del hogar.

De manera imperceptible, pues, poco a poco la ciudad recuperaba su aspecto ordinario. Los franceses, es cierto, no salían mucho todavía, pero en las calles hormigueaban los soldados prusianos. Por lo demás, los oficiales de húsares azules, que arrastraban con soberbia, por el pavimento ciudadano, su armamento mortífero, no daban muestras de sentir mayor desprecio por los simples ciudadanos que los oficiales del regimiento de cazadores que, el año anterior, habían estado bebiendo en los mismos cafés<sup>9</sup>.

Percibíase, sin embargo, en el aire algo sutil y desconocido, un ambiente extranjero intolerable, como un olor apestoso, la peste de la invasión. Inundaba los edificios y las plazas públicas, transformaba el gusto de los alimentos, daba la impresión de encontrarse uno de viaje, muy lejos, en medio de tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban siempre; al fin y al cabo, eran ricos. Pero cuanto más rico deviene un comerciante normando, más cree que le arrancan las entrañas y le rasgan las entretelas del corazón cuando ve pasar el menor ápice de su fortuna a manos de otro.

Entretanto, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, marineros y pescadores sacaban a menudo, del fondo del río, el cadáver de algún alemán hinchado, con su uniforme,

<sup>9</sup> Obsérvese el antimilitarismo inherente a este fragmento: Ahora, durante la dominación prusiana, los oficiales extranjeros desprecian al pueblo; pero, el año anterior los oficiales franceses ya lo habían despreciado.

muerto por una cuchillada, un garrotazo, con la cabeza destrozada por una piedra o empujado a la corriente del río desde lo alto de un puente. El fango ocultaba esas venganzas oscuras, salvajes y legítimas, actos heroicos desconocidos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas a la luz del día y sin repercusiones de gloria.

Porque el odio al invasor siempre pone armas en las manos de algunos patriotas intrépidos dispuestos a morir por un ideal.

En fin, como los invasores, a pesar de haber sometido la ciudad a su inflexible disciplina militar, no habían cometido ninguna de las atrocidades que, según la fama que les precedía, habían llevado a cabo a lo largo de toda su marcha triunfal, renacieron los ánimos, y la necesidad de volver al trabajo se apoderó de los comerciantes de la zona. Algunos que tenían negocios suculentos en el puerto de El Havre, todavía en poder de la armada francesa, intentaron llegar yendo por tierra a Dieppe, donde se embarcarían.

Gracias a la influencia de los oficiales alemanes con los que habían trabado conocimiento, obtuvieron un salvoconducto del general en jefe para realizar el viaje.

Diez personas se inscribieron para tal viaje y reservaron una gran diligencia de cuatro caballos; habían decidido iniciar la marcha un martes de madrugada, antes de salir el sol, para evitar cualquier aglomeración.

Desde hacía algún tiempo las heladas habían endurecido la tierra, y el lunes, alrededor de las tres de la tarde, negros nubarrones procedentes del norte descargaron una nevada ininterrumpida a lo largo de toda la tarde y toda la noche.

A las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunirían en el patio del hotel Normandía; allí iniciaría su viaje la diligencia.

Todavía les vencía el sueño y temblaban de frío bajo sus mantas. A duras penas se distinguía algo en la oscuridad, y la superposición de pesadas prendas de abrigo hacía que todos parecieran sacerdotes obesos revestidos con sus largas sotanas. Dos de ellos se reconocieron entre sí, un tercero los abordó, y comentaron:

–Yo voy con mi mujer.

–También yo –afirmó el segundo.

–Y yo –asintió el tercero.

–No regresaremos a Ruán y, si los alemanes se apoderan de El Havre, seguiremos viaje hasta Inglaterra –añadió el primero.

Los proyectos de los tres, que eran de índole semejante, coincidían plenamente.

Sin embargo aún no estaban uncidos los caballos de la diligencia. Un mozo de cuadra llevaba un farolillo; esporádicamente aparecía por una puerta oscura y desaparecía por otra. Los cascos de los caballos golpeaban la tierra, amortiguados por el estiércol de sus camas de paja; y, al fondo del edificio, se percibía la voz de un hombre que a veces hablaba suavemente con los equinos y otras renegaba.

Un ligero cascabeleo anunció la manipulación de los arneses; esa ligereza se convirtió pronto en un temblor claro y continuo producido por el movimiento del animal; a veces se detenía para, después, reanudar la marcha con una brusca sacudida, acompañada por el golpe seco de un casco herrado contra la piedra.

De pronto la puerta se abrió. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, enmudecieron; permanecieron inmóviles, rígidos.

Una ininterrumpida cortina de copos blancos relucía en su descenso imparable, empolvando los objetos con una espuma helada; en el profundo silencio de la ciudad dor-

mida y enterrada bajo el invierno sólo se escuchaba el roce tenue, inexplicable y flotante de la nieve al caer; era más una sensación que ruido real el entremezclarse los copos ligeros que parecían inundar el espacio y cubrir el mundo.

El hombre reapareció con su linterna; tiraba, con el extremo de un ronzal, de un caballo triste que caminaba a desgana. Lo apoyó en la lanza, enganchó los tirantes y giró a su alrededor varias veces para asegurar los arneses, ya que sólo podía utilizar una mano pues con la otra sostenía el farolillo. Cuando ya se dirigía en busca del segundo animal, descubrió a los inmóviles viajeros, un tanto recubiertos de nieve, y les dijo: «¿Por qué no montan ustedes en la cabina? Al menos estarán bajo cubierto».

Ni siquiera lo habían pensado; se apresuraron a entrar. Los tres maridos instalaron a sus mujeres al fondo y subieron a continuación; después los otros viajeros, formas indecisas y bien abrigadas, ocuparon las últimas plazas sin decir una palabra.

Cubría el suelo del carruaje una buena porción de paja, en la que se hundían los pies. Las tres damas del fondo llevaban braseros de cobre, cuyo carburante era el carbón químico; mientras los encendían, en voz baja, enumeraron las grandes ventajas de estos aparatos, repitiendo cosas que, por archisabidas, casi estaban olvidadas.

Así pues, una vez preparada la diligencia, con seis caballos en lugar de cuatro a causa del exceso de carga, se escuchó una voz que preguntaba:

—¿Ocupa todo el mundo su sitio?

Otra voz, desde dentro de la cabina, respondió:

—Sí.

Y la diligencia comenzó su recorrido.

Avanzaba el vehículo lenta, lentamente, a paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve; la caja crujía con sordos

rechinamientos; los caballos resbalaban, resollaban, humeaban; y el larguísimo látigo del cochero restallaba sin cesar, volteaba en todas direcciones, arrollándose y desarrollándose como una pequeña culebra y, azotando la grupa rolliza de algún caballo, se aferraba con mayor fuerza.

El día se acercaba imperceptiblemente. Los copos ligeros que un viajero, ruanés de pura cepa, habría semejado a una lluvia de algodón, no paraban. Un resplandor dorado se filtraba a través de oscuros nubarrones; en contraste con ellos, parecía más resplandeciente la blancura de la campiña donde unas veces se descubría una hilera de árboles vestidos de escarcha, y otras, una choza con un capuchón de nieve.

En la diligencia, a la triste claridad de la aurora, los viajeros se miraban con curiosidad. Al fondo, dormitando en los mejores lugares del vehículo, se encontraba, uno frente al otro, el matrimonio Loiseau, mayoristas de vinos de la calle Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un patrón arruinado en los negocios, Loiseau había comprado el resto de los fondos e hizo fortuna. Vendía a buen precio, a pequeños taberneros de poblaciones agrícolas, un vino malísimo. Amigos y conocidos lo consideraban un pícaro redomado, un verdadero normando, maestro de argucias y jovialidad.

Su fama de ratero estaba tan extendida que, una tarde, en la prefectura, M. Turnel, popular autor local de fábulas y canciones, de temperamento fino y mordaz, había propuesto a las señoras aburridas que jugaran una partida de *Loiseau vola*<sup>10</sup>; después de sobrevolar los salones del pre-

<sup>10</sup> La expresión tiene una doble lectura en francés, en el original: *Loiseau vole* es 'el pájaro vuela', mientras que *Loiseau vole* sería 'Loiseau roba'; broma intraducible en nuestra lengua española.